

ÉL BUSCA PODER.  
ELLA, VENGANZA.

# EL IMPERIO DE LAS TORMENTAS

JON  
SKOVRON

minotauro

JON SKOVRON

El Imperio  
de las tormentas

minotauro

Título original: *Hope and Red. The Empire of Storms: Book One*

Primera edición: enero de 2017

© Jon Skovron, 2016

Publicado por primera vez por Orbit

Los derechos de traducción de esta obra se han acordado a través de  
Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL  
Todos los derechos reservados

© Traducción de Miguel Antón, 2017

© Mapa e ilustraciones de interior de Tim Paul, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 7.<sup>a</sup> planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones  
descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas,  
lugares o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0429-6

Depósito legal: B. 13.553-2016

Preimpresión: Pleka

Impreso en España por Blackprint

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema  
informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito  
del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra  
la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web  
[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# PRIMERA PARTE

*Quienes lo han perdido todo son libres para convertirse en cualquiera. Es un precio elevado, pero así es siempre la grandeza.*

Extracto de *El libro de las tormentas*

# 1



**E**l capitán Sin Toa llevaba años comerciando en esas aguas, y había visto algo parecido antes, lo cual no hizo que en esa ocasión le resultase más fácil.

El pueblo de Bleak Hope era una pequeña comunidad situada en las frías islas meridionales de un extremo del imperio. El capitán Toa era uno de los pocos mercaderes que llegaba tan al sur, y solo lo hacía una vez al año. El hielo que se formaba en el agua prácticamente imposibilitaba la navegación durante los meses de invierno.

El pescado seco, el hueso de ballena y el aceite sin refinar para lámparas extraído de la grasa de ballena era un buen cargamento que alcanzaba precios considerables en Pico de Piedra o Nueva Laven. Los lugareños se habían mostrado correctos y complacientes a su meridional y taciturna manera. Y era una comunidad que había sobrevivido en condiciones muy duras durante siglos, cualidad que Toa respetaba mucho.

Así fue que contempló los restos del pueblo con una punzada de dolor en el pecho. Mientras el barco accedía al angosto puerto, observó los caminos de tierra y las chozas de piedra sin reparar en el menor indicio de vida.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Crayton, su primer oficial. Buen tipo. Leal a su manera, aunque algo deshonesto a la hora de cumplir con su carga de trabajo.

—Este lugar está muerto —respondió Toa en voz baja—. No fondearemos aquí.

—¿Muerto, señor?

—No hay ni un alma.

—Quizá participan en alguna reunión religiosa local —aventuró Crayton—. La gente de tan al sur tiene sus usos y costumbres.

—Me temo que no se trata de eso.

Toa señaló el puerto con un dedo grueso cubierto de arañazos. Había una señal grabada en la madera, pintado en su superficie vio un óvalo negro con ocho líneas también negras que caían de él.

—Qué Dios los guarde —susurró Crayton, quitándose el gorro de lana.

—He ahí el problema —señaló Toa—. Que no lo hizo.

Ambos observaron la señal. No se oía nada a excepción del viento frío que jugaba con la larga capa de lana y la barba de Toa.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó el primer oficial.

—Lo que no vamos a hacer es desembarcar, eso está claro. Ordene a los marineros que echen el ancla. Se hace tarde. No quiero navegar a oscuras por estas aguas llenas de bajíos, así que fondearemos durante la noche. Pero que aquí nadie se mueva a error, vamos a volver a alta mar con las primeras luces y nunca regresaremos a Bleak Hope.

Se dieron a la vela a la mañana siguiente. Toa esperaba alcanzar la isla de Páramo de la Galerna en tres días; allí los monjes tendrían suficiente cerveza de buena calidad para que pudiera venderla y cubrir las pérdidas.

Encontraron al polizón durante la segunda noche. A Toa, que dormía en el coy, lo despertaron los golpes que descargaba un puño en la puerta de la cabina.

—¡Capitán! —lo llamó Crayton—. La guardia nocturna. Han encontrado a una... niña pequeña.

Toa lanzó un gruñido. Había tomado más grog de la cuen-

ta antes de retirarse a dormir, y un dolor agudo se le había instalado a la altura de los ojos.

—¿Una niña? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Sí... Sí, señor.

—Por todos los infiernos marinos —murmuró, abandonando el coy. Se puso el pantalón húmedo, frío, un chaquetón y las botas. Una niña a bordo, por pequeña que fuera, era mal fario en aquellas aguas tan meridionales. Eso lo sabía todo el mundo. Mientras pensaba en cómo librarse del polizón, abrió la puerta y le sorprendió encontrar a Crayton a solas, estrujando el gorro de lana.

—Bueno, ¿dónde está esa cría?

—En popa, señor —dijo Crayton.

—¿Por qué no me la ha traído?

—Verá, nosotros... Es decir, los hombres no pueden sacarla de su escondite entre la lona de respeto.

—Que no pueden sacarla... —Toa exhaló un suspiro, preguntándose por qué nadie se había metido allí para dejarla inconsciente de un golpe y sacarla a rastras. No se debía precisamente a que sus hombres se ablandaran porque se tratase de una niña pequeña. Puede que fuese por lo de Bleak Hope. Tal vez el terrible final del pueblo los había vuelto más conscientes de lo habitual de sus propias perspectivas con el más allá—. A ver, lléveme hasta ella.

—A la orden, señor —asintió Crayton, visiblemente aliviado de librarse de pagar la frustración de su capitán.

Toa encontró a sus hombres amontonados alrededor del acceso que daba al pañol del aparejo de respeto. La escotilla estaba abierta y miraban la negrura, murmurándose con apremio unos a otros al tiempo que hacían gestos para protegerse de posibles maldiciones. Toa cogió la linterna que le ofrecía uno de ellos e iluminó el agujero, preguntándose por qué una niña atemorizaba de ese modo a sus hombres.

—Mira, niñita. Más te va...

Se había escondido bajo las adujas de cabo grueso. Parecía sucia y hambrienta, pero por lo demás era una niña normal de

unos ocho años. Incluso era bonita, a la manera sureña, de piel clara, pecas y un pelo tan rubio que casi era blanco. Sin embargo, había algo en sus ojos cuando te miraban. Estaban vacíos, o peor que vacíos. Eran estanques de hielo capaces de aplastar el menor atisbo de calidez que hubiese en tu interior. Eran ojos viejos. Rotos. Los ojos de quien ha visto muchas cosas.

—Intentamos sacarla de ahí, capitán —dijo uno de sus hombres—, pero se ha atrincherado bien. Y bueno... ella...

—Ya —lo interrumpió Toa.

Se arrodilló ante la abertura, obligándose a no apartar la mirada de la cría por mucho que quisiera hacerlo.

La pequeña no le quitaba ojo.

—Soy el capitán de este barco, niña —dijo—. ¿Sabes qué significa eso?

Ella asintió lentamente. Una vez.

—Significa que todos a bordo hacen lo que yo ordeno. Eso te incluye a ti. ¿Entendido?

Extendió el brazo bronceado, peludo, por el pañol.

—Vamos, niña. Quiero que salgas de ahí y me cojas de la mano. Te juro que nadie de este barco te hará daño.

Durante largos instantes nadie movió un dedo. Entonces, la joven extendió vacilante la mano delgada que desapareció anegada en la de Toa.

Toa y la niña se encontraban en la cabina. Sospechaba que a ella le daría por hablar si no se hallaba presente una docena de bregados marineros obstinados en no perder detalle. Toa le dio una manta y una taza de grog caliente. Sabía que el grog no era la clase de cosas que se le da a las niñas, pero era lo único que tenía a bordo a excepción del agua potable, y eso era un bien demasiado preciado para desperdiciarlo.

Se hallaba sentado al escritorio mientras ella lo hacía en su coy, con la manta sobre los hombros y la taza de ardiente grog en las manos diminutas. Tomó un sorbo, y Toa esperó verla



torcer el gesto ante el fuerte sabor, pero ella se limitó a tragar y siguió mirándolo con sus ojos rotos, vacíos. Eran del azul más gélido que había visto, más profundo que el mismísimo mar.

—Voy a preguntártelo otra vez, niña —dijo en un tono que seguía siendo suave—. ¿Cómo te llamas?

Ella se limitó a mirarlo.

—¿De dónde vienes?

A mirarlo. A mirarlo.

—¿Eres de...? —No se creía que esa posibilidad se le hubiera pasado por la mente, y mucho menos que estuviera a punto de preguntárselo—. ¿Eres de Bleak Hope?

Entonces ella parpadeó, como si acabara de salir de un trance.

—Bleak Hope. —Tenía la voz ronca por la falta de uso—. Sí. Soy de allí.

Había algo en su tono que obligó a Toa a reprimir un escalofrío. Tenía la voz tan vacía como los ojos.

—¿Cómo has llegado a mi barco?

—Eso pasó después —respondió ella.

—¿Después de qué?

Cuando lo miró con fijeza, sus ojos ya no estaban vacíos. Estaban llenos. Tanto que Toa sintió que su salado y viejo corazón iba a darle un vuelco en el pecho.

—Te lo contaré —prometió ella, con la voz tan húmeda y llena como su mirada—. Solo te lo contaré a ti. Después nunca volveré a contarle en voz alta.

Se había acercado a las rocas. Por eso la pasaron por alto.

Le encantaba ir a las rocas. Enormes y negras, podía encaramarse a ellas y situarse sobre el oleaje rompiente. A su madre la aterraba ver cómo saltaba de una a otra. «¡Vas a romperte la crisma!», le advertía. Y a menudo se hacía daño. Muy a menudo. Tenía los tobillos y las rodillas cubiertas de cicatrices y cortes debidos a la superficie afilada de las rocas. Pero no le importaba, le encantaban de todos modos. Y cuando bajaba la marea, medio enterradas en la arena gris, encontraba conchas, raspas y

escamas de pescado, cangrejos y, a veces, si tenía suerte, vidrio de mar, el cual atesoraba por encima de todas las cosas.

—¿Qué es? —preguntó a su madre una noche, sentadas ambas junto al fuego después de cenar, con el estómago lleno de caldo de pescado. Levantó un pedazo rojo de vidrio de mar de modo que la luz se proyectó en la pared de piedra de la cabaña.

—Es vidrio, mi pequeña gaviota —respondió su madre, que trabajaba con destreza en la red de pesca de padre—. Son restos de cristal que el mar pule.

—Pero ¿por qué es de color rojo?

—Supongo que para que sea más bonito.

—¿Por qué nosotros no tenemos cristal de colores?

—Ah, es una de esas cosas cursis y fantasiosas que hacen en el norte —aclaró su madre—. ¿De qué iba a servirnos aquí abajo?

Eso hizo que le gustara más si cabe. Recogió vidrio de mar hasta que tuvo el suficiente para hacer un collar con hilo de cáñamo. Se lo regaló a su padre, un hurraño pescador que rara vez abría la boca para decir una palabra, con motivo de su cumpleaños. Él sostuvo el collar en la palma de la mano de piel curtida, contemplando con cautela el rojo brillante, el azul y los restos de vidrio verde. Pero entonces la miró a los ojos y vio en ellos lo orgullosa que se sentía, cuánto le gustaba aquello. Su rostro arrugado esbozó una sonrisa mientras se lo ataba en torno al cuello. Los demás pescadores se pasaron semanas burlándose de él, pero él se llevaba los dedos a los trocitos de vidrio y sonreía.

Cuando ellos llegaron ese día, la marea retrocedía y ella buscaba nuevos tesoros al pie de las rocas. Había visto los topes del aparejo en la distancia, pero estaba demasiado concentrada en su búsqueda de vidrio de mar para investigar. Hasta que se encaramó de nuevo a lo alto de las rocas, dispuesta a repasar la colección de raspas y conchas, momento en que reparó en lo peculiar del barco. Era como una caja enorme con tres velas llenas y portas de cañón a lo largo de los costados. Muy distinto de las

naves mercantes. No le gustó nada su aspecto. Eso fue antes de ver la densa columna de humo que se alzaba del poblado.

Echó a correr, pisoteando la arena y la hierba alta para cubrir el camino salpicado de árboles raquíticos que la separaban de las casas. En caso de incendio, su madre no se molestaría en salvar los tesoros que había guardado con cuidado en un pequeño arcón debajo de la cama. Era lo único en lo que podía pensar. Había pasado demasiado tiempo y había dedicado demasiado esfuerzo a recoger sus tesoros para perderlos. Eran su bien máspreciado. O eso pensaba.

Al acercarse, vio que el incendio se había extendido a todo el pueblo. Vio hombres que no reconoció, ataviados con uniformes blancos y dorados y cascos y petos de metal. Se preguntó si serían soldados. Aunque se supone que los soldados protegen a la gente. Aquellos hombres los estaban reuniendo a todos en mitad del pueblo, amenazándolos a fuerza de blandir la espada y apuntarlos con armas de fuego.

Frenó en seco al ver las armas de fuego. Tan solo había visto una con anterioridad. Era propiedad de Shamka, el anciano del pueblo. Cada invierno, en la víspera de año nuevo, disparaba con ella a la luna para despertarla de su letargo y traer de vuelta al sol. Las armas de fuego de aquellos soldados parecían distintas. Además de la empuñadura de metal, el tubo de hierro y el martillo, tenían un cilindro.

Intentaba decidir si acercarse o echar a correr y esconderse cuando Shamka salió de su cabaña, lanzó un rugido furibundo y abrió fuego con la pistola sobre el soldado más próximo, cuyo rostro se hundió alcanzado por el tiro. Seguidamente el cadáver se desplomó en el fango. Uno de los soldados levantó el arma y disparó sobre Shamka, pero falló. El anciano rio triunfal. Pero entonces, el intruso efectuó un segundo disparo sin recargar. Shamka se mostró sorprendido al llevarse la mano al pecho antes de caer al suelo.

La niña estuvo a punto de lanzar un grito, pero se mordió el labio con tanta fuerza como pudo para impedirlo, y se precipitó de bruces en la hierba alta.

Yació tumbada, oculta durante horas en el terreno frío y enfangado. Tuvo incluso que forzarse a mantener cerrada la mandíbula para impedir que le castañetearan los dientes. Oyó las voces de los soldados que se gritaban unos a otros, y también extraños golpes y algo que le pareció un gualdrapeo. De vez en cuando, oía a uno de los lugareños preguntar entre ruegos qué habían hecho para contrariar al emperador. La única respuesta era una sonora bofetada.

Estaba oscuro, y los fuegos hacía rato que se habían apagado antes de que moviera las articulaciones dormidas para incorporarse y echar un vistazo.

En mitad del pueblo habían levantado una enorme tienda de lona marrón que debía de medir cinco veces lo que cualquier cabaña. Los soldados, empuñando antorchas, formaron en círculo a su alrededor. No veía a ninguno de sus paisanos. Con suma cautela, decidió acercarse un poco.

Un hombre alto, que en lugar de uniforme vestía una capa larga y blanca con capucha, se encontraba a la entrada de la tienda. Tenía en las manos una caja grande de madera. Uno de los soldados apartó la lona que hacía las veces de puerta de la tienda. El hombre de la capa entró, acompañado por el soldado. Poco después, ambos salieron, aunque el de la capa ya no llevaba la caja. El soldado ató la lona de modo que el acceso quedase abierto, y luego lo cubrió con una red tan fina que ni siquiera un pájaro minúsculo podría haberse escurrido por ella.

El hombre de la capa sacó un cuaderno del bolsillo mientras los soldados instalaban una mesita y una silla ante él. Tomó asiento frente a la mesa y un soldado le ofreció pluma y tintero. El hombre empezó a escribir sin demora, deteniéndose con frecuencia para echar un vistazo al interior de la tienda a través de la red.

Empezaron a oírse gritos procedentes del interior. Comprendió entonces que habían encerrado dentro a todos los aldeanos. No sabía por qué gritaban, pero sintió tal terror que pegó de nuevo el cuerpo al fango y se cubrió las orejas con las manos para evitar oír sus voces. Los gritos duraron apenas unos

minutos, pero pasó un buen rato antes de que se atreviese a mirar de nuevo.

Reinaba una oscuridad total a excepción de una linterna colgada a la entrada de la tienda. Los soldados se habían marchado y solo quedaba el hombre de la capa, que seguía escribiendo apresuradamente en el cuaderno. De vez en cuando echaba un vistazo a la tienda, comprobaba la hora en el reloj de bolsillo y arrugaba el entrecejo. La niña se preguntó dónde estaban los soldados, pero entonces reparó en que el peculiar barco con forma de caja amarrado en el embarcadero estaba iluminado, y cuando aguzó el oído distinguió rudas voces masculinas.

La niña se deslizó por la hierba alta en dirección a la parte de la tienda más alejada del hombre de la capa. Tampoco la hubiese visto, porque estaba tan concentrado en la escritura que probablemente podría haber pasado por su lado sin que se diese cuenta. A pesar de ello, el corazón le latía con fuerza mientras cubría el corto trecho de terreno descubierto que mediana entre la hierba alta y la pared de la tienda. Cuando finalmente la alcanzó, comprobó que la tela de la tienda estaba tan tirante que tuvo que sacar varios clavos antes de poder colarse en el interior.

Dentro reinaba la negrura, el ambiente estaba cargado y hacía calor. Los habitantes del pueblo yacían tumbados en el suelo, con los ojos cerrados, encadenados los unos a los otros así como a los gruesos postes de la tienda. En el centro estaba la caja de madera con la tapa abierta. Diseminadas por el suelo había avispas muertas, grandes como pájaros.

A lo lejos, en un rincón, vio a su madre y a su padre, inmóviles como los demás. Se acercó rápidamente a ellos, con una fuerte punzada de dolor en el estómago.

Pero entonces su padre se movió imperceptiblemente y la inundó una intensa sensación de alivio. Tal vez aún estuviera a tiempo de salvarlos. Sacudió con suavidad el hombro de su madre, pero esta no respondió. Hizo lo propio con su padre, que se limitó a gruñir; parpadeó un momento pero no llegó a abrir los ojos.

Miró a su alrededor con la esperanza de encontrar el medio de librarlos de las cadenas. Percibió un grave zumbido cerca de su oído. Al volverse, vio a una avispa gigante flotando sobre su hombro. Antes de que pudiera hundirle el agujón, la joven vio una mano que pasaba por su lado para dar un manotazo al insecto. La avispa trazó una trayectoria errática, con un ala rota, antes de precipitarse contra el suelo. Al volverse, vio a su padre, a quien el dolor le arrugaba el gesto.

La asió de la muñeca.

—¡Vete! —gruñó—. ¡Lejos! —Y la empujó con tal fuerza que ella cayó de espaldas.

Se quedó mirándolo, aterrada, pero queriendo hacer algo que le borrara la dolorosa expresión de la cara. A su alrededor había otras personas que se agitaban con expresiones doloridas similares a la de su padre.

Entonces vio que el collar de vidrio de mar de su padre sufría una pequeña sacudida. Miró con mayor atención. Volvió a suceder. Su padre arqueó la espalda. Tenía los ojos y la boca muy abiertos, como si gritara, pero tan solo abandonó sus labios un gorgoteo. Un pequeño gusano, gordo como un dedo, surgió de su cuello. La sangre manó a borbotones mientras otros gusanos surgían del pecho y los intestinos.

Su madre despertó con un jadeo, mirando a su alrededor como un animal acorralado. Su piel ya mostraba ciertos cambios. Extendió el brazo y pronunció el nombre de su hija.

A su alrededor, los demás habitantes del pueblo forcejearon con las cadenas al tiempo que los gusanos se liberaban. El suelo no tardó mucho en cubrirse de una masa blanca que se retorció de dolor.

Quiso echar a correr. En lugar de ello, aferró la mano de su madre y observó cómo se contraía y retorció mientras los gusanos la devoraban por dentro. No se movió, no apartó la vista hasta que su madre yació inmóvil. Solo entonces se puso en pie como pudo, se coló por debajo de la pared de la tienda y se alejó corriendo hacia la hierba alta.

Vio desde lejos que los soldados regresaban al amanecer

con sacos grandes de arpillera. El hombre de la capa permaneció en la tienda un rato y al salir anotó algo en su cuaderno. Repitió este proceso dos veces más, antes de dirigirse brevemente a uno de los soldados. Este asintió, hizo un gesto, y el grupo que llevaba los sacos accedió al interior de la tienda. Cuando salieron, los sacos estaban llenos de algo que se retorció, algo que ella supuso serían los gusanos. Los llevaron al barco mientras los soldados restantes se encargaban de levantar la tienda, dejando al descubierto los cadáveres que hasta entonces ocultaba.

El hombre de la capa observó cómo los soldados quitaban las cadenas de la pila de cadáveres. La niña grabó en su memoria las facciones de aquel rostro: pelo castaño, barbilla hundida, cara de rata marcada por una fea cicatriz en la mejilla izquierda.

Finalmente se hicieron a la mar en su enorme nave, dejando un signo peculiar en el embarcadero. Cuando los hubo perdido de vista, la joven se acercó al pueblo. Le llevó unos días, tal vez fuesen semanas, pero los enterró a todos.

El capitán Sin Toa miró fijamente a la joven. Durante el relato que le había hecho, había mantenido la mirada fija y horrorizada. Al terminar, adoptó de nuevo la vacía frialdad que le conocía de cuando la había sacado de la bodega.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella.

—¿Cómo subiste a bordo? Ni siquiera hemos atracado en puerto.

—Llegué a nado.

—Una distancia considerable.

—Sí.

—¿Y qué voy a hacer contigo?

Ella se encogió de hombros.

—Un barco no es lugar para jovencitas.

—Debo sobrevivir —se limitó a decir ella—, debo dar con ese hombre.

—¿Sabes quién es? ¿Qué significaba ese signo?

Ella hizo un nuevo gesto de negación.

—Era el blasón de los biomantes del emperador. No tienes ninguna posibilidad de acercarte siquiera a ese tipo.

—Lo haré —dijo ella, bajando el tono de voz—. Algún día. Aunque me lleve la vida entera. Daré con su paradero y lo mataré.

El capitán Sin Toa sabía que no podía tenerla a bordo. Se decía que las doncellas, por más que solo tuvieran ocho años, podían atraer en aquellas aguas la atención de las serpientes marinas, y que eso era tan seguro como tirar carnaza al agua. La dotación podía llegar a amotinarse ante la perspectiva de tener a una joven a bordo. Sin embargo, tampoco iba a arrojarla por la borda o abandonarla en una roca. Cuando fondearon al día siguiente en Páramo de la Galerna, se fue a visitar al principal de la orden de Vinchen, un anciano monje de piel marchita llamado Hurlo.

—La niña ha visto cosas que nadie debería ver —dijo. Ambos paseaban por el patio de piedra del monasterio, a la sombra del alto templo de piedra negra que se alzaba sobre ellos—. Está destrozada. Pienso que la vida monástica es la única opción que le queda.

Hurlo deslizó las manos en el interior de las mangas de la túnica negra.

—Lo entiendo perfectamente, capitán. De veras que sí. Pero la orden de Vinchen es solo para hombres.

—Pero no les vendrá mal una sirvienta —propuso Toa—. Es campesina, está acostumbrada al trabajo duro.

Hurlo asintió.

—Es posible. Pero ¿qué pasará cuando con el paso del tiempo empiece a florecer? Se convertirá en una distracción para mis hermanos, sobre todo para los más jóvenes.

—Quédesela hasta entonces. Al menos le habrá proporcionado un hogar durante unos años. Cuide de ella hasta que pueda labrarse su camino.



Hurlo cerró los ojos.

—Aquí no le espera una vida fácil.

—De todos modos, piense que tampoco sabría qué hacer si tuviera una vida fácil.

Hurlo se volvió hacia Toa. Y, para sorpresa del marino, el anciano esbozó una sonrisa y sus ojos brillaron vivaces.

—Acogeremos a esta niña destrozada que ha encontrado. Una gota de caos en la orden podría motivar cambios. Puede que para mejor.

Toa se encogió de hombros. Nunca había entendido bien a la orden de Vinchen.

—Si así lo cree, gran maestro...

—¿Cómo se llama la niña? —preguntó Hurlo.

—No sé por qué, pero no quiere revelar su nombre. A veces creo que ni lo recuerda.

—¿Cómo llamaremos a esta joven nacida de la pesadilla? En calidad de inverosímiles guardianes, supongo que nos corresponde ponerle nombre.

El capitán Sin Toa lo meditó unos instantes, tirándose de la barba.

—Tal vez podrían llamarla como el pueblo del que es la única superviviente. Así, de algún modo, este sobrevivirá en el recuerdo. Llámela Bleak Hope, Esperanza Sombría.